

cesitó; si a Pedro le bastaba echar las redes en el lago y pescar un pez que llevara en las fauces la moneda para dársela a los sacerdotes del templo; es decir, si el Maestro y los discípulos no necesitaron—aunque los sacerdotes, sí— a orillas del pródigo lago de Nazareth, ¿cómo tenderán sus redes los hijos de los hombres condenados hoy a vivir en Withechapel, o en la Willette, o en las Cambronerías? La moneda es la vida; la moneda es el mejor amuleto contra el odio y el auxilio más eficaz para apartar las almas del camino de perdición.

Imagino el libro de Giovanni Papini en manos delicadas y perfumadas. El *boudoir* o el rincón discreto en el salón de la gran dama. Una mano, pasando por la frente, de nieve, va a jugar con los bucles de la melena infantil, que antes fué cabellera. El tejuelo del libro descansa sobre la falda, y la otra mano, que lo oprime, clava el índice entre las páginas, por el capítulo donde dice: «El estiércol del diablo». ¿Qué sentimientos la conmueven? Este capítulo tan bonito, ¿qué es, para ella, aparte de ser un aria deliciosa cantada por voz varonil y vibrante? Cuanto la rodea es moneda. Su propia distinción, lo más íntimo de su elegancia, es moneda. Sin embargo, un momento se dejará arrastrar por la magia del comentario, y también, en el fondo, por la virtud inextinguible del Evangelio. Cuánto durará ese momento, ese relámpago, no lo sabemos. Qué propósito, qué caridad despertará, tampoco. El valor de la prosa lírica, puesto a prueba, se aquilata sólo con haber obtenido la emoción pasajera y el instante de meditación.

Y en otras manos, blancas, sacerdotales, que lo reposan también sobre crujiente seda, ¿qué valdrá el libro de Papini cuando habla del estiércol del diablo? «Los dineros están hechos por los poderosos para las necesidades del poder». La palabra del Maestro ha sufrido ya muchas interpretaciones. «Los dineros son propiedad del rey y del reino—del otro reino que no es el nuestro—. El rey representa la fuerza, y es el protector de la riqueza; pero nosotros no tenemos nada que ver con la violencia y recusamos la riqueza. Nuestro reino no tiene poderosos, ni ricos...» Ante los ojos de Papini, que no son los de un iluminado, ha debido pasar la sombra del gran inquisidor de Sevilla, tal como le hizo razonar Dostoyewski en el trágico diálogo de los hermanos Karamazof. Aliocha, el hermano santo, no pudo, en realidad, vencer la lógica de Iván, el hermano rebelde. De las tres tentaciones en el desierto, ninguna fué tan clara para Roma como la tentación del poder. El poder que quita libertad, pero da pan, necesita «esa cosa inmunda entre las

cosas inmundas que el hombre ha manufacturado para ensuciar la tierra y ensuciarse». Giovanni Papini vuelve atrás la vieja disputa, el secular remordimiento de Roma contra Nazaret, y prefiere la divina palabra.

Quizá crea que debe decirse, aun a sabiendas de que el mundo no hará sino oírlo. Palabras incendiarias lanzadas al viento, sin temor de verlas prender llama en las trojes de nadie. El mundo las ha oído muchas veces y puede volverlas a oír. Está ya inmunizado. Le gusta escucharlas como una pueril canción de cuna, y llegaremos, impunemente, repitiéndolas, al mayor desenfreno lírico, en la seguridad de que aún conmoviéndonos todos, poetas y público, nuestra emoción no tendrá consecuencias. Y si diéramos forma en el teatro a la gran tragedia del Oro, es seguro que no haríamos abortar a ninguna espectadora millonaria, ni moriría nadie de terror como cuenta la tradición que ocurrió en la primera aparición repentina de las Euménides. Aun siendo la Miseria, entre todas, la Furia más temible y la más temida.

Ni siquiera influyen profundamente, seriamente, en la conducta y en el destino de quien las pronuncia. El «estiércol del diablo» no lo tocó Jesús;

pero Giovanni Papini, hijo de hombre, y hombre al fin, lo rechaza sólo como idealista y como poeta; pero como autor va sacando su moneda de la boca a los públicos de todos los mares. Nuestras ideas no deciden de nuestra suerte. Si fuera así, ¿quién habría dominado el mundo mejor que Max Stirner, el egoísta puro, exento de prejuicios, libre de toda policía moral? «El Único—yo—y mi propiedad—el Mundo». Pues con semejante grito de guerra le vencen moralistas trabados por toda clase de escrúpulos de conciencia, cae en la miseria negra, vive de un trabajo oscuro e impersonal, se consume en la prisión por deudas, y muere, solo, en un rincón. Las redes de Max Stirner vinieron a levantarlas después otros pescadores más audaces y menos sinceros.

Y, sin embargo, esta es la palabra que un día y otro debe ser pronunciada. Que los poetas de una religión y los utopistas del desinterés conserven el frenesí lírico preciso para combatir la gran lujuria del dinero. Aunque su flaqueza de hombres sensuales y ambiciosos les haga caer en tentación, al menos que el pensamiento no se humille.

LUIS BELLO.

(El Sol, Madrid).

México y el problema diplomático del Pacífico...

(Viene de la página anterior).

Nadie puede averiguar cuál será la solución definitiva del difícil problema diplomático que hoy ventilan yanquis y nipones. El pueblo de Tokio ha clamado guerra, y el Gobierno del Presidente Coolidge, se siente ofendido por el tono inusitado de la nota del Embajador Hanihara y las insinuaciones en ella contenidas, que se interpretan como inaceptable intromisión extranjera en la política americana. Si acaso continúa el desacuerdo, por la ratificación del Presidente Coolidge a la opinión del Senado, acaso Inglaterra y Francia se ofrecerán como mediadoras, siempre y cuando la cuestión debatida no se juzgue—como por desgracia habrá de juzgársela—en Tokio y en Wáshington, del género de diferencias internacionales que atañe al honor de los pueblos.

6

Y mientras los fuertes discuten y se alarman, bueno es que los débiles discutamos y nos alarmemos también. La ley de inmigración ha provocado, al dilucidarse, en el Senado americano, de parte de algunos senadores, actos que la susceptibilidad mexicana no podría pasar sin comentario. Un

señor Neely, que representa al Estado de Virginia, profirió estas estridencias: «¿Por qué cerrar las puertas a los gambusinos italianos y a los ciudadanos de Noruega, y dejar entrar a los mexicanos *azucatoros* y *comesapos*?» Interrogación que habría que contestar, así es de grosera e impertinente, con esta otra: «¿Qué sapos comemos en México, diversos de los que nos guisan los senadores americanos?» Y por lo que mira a azucatoros, cierto es que algunos hábiles mexicanos distingúense sobremanera en este cruel y bellísimo deporte digno del Circo Romano, mientras otros, como el célebre guerrillero Pancho Villa, no sólo toros saben azucar; aun cuando, los más de nosotros, a diferencia de míster Neely, no seríamos capaces de injuriar a un gran pueblo para vengarnos torpemente de las insolencias de un ignorante.

7

México, las repúblicas centroamericanas, Colombia, el Ecuador, Chile y el Perú, tenemos grandísimos intereses en el problema diplomático del Pacífico. Nuestros inmensos litorales, tarde o temprano, recibirán la ola